

ser una planta agitada á vuestros ojos, á no ser que Vos mismo me ayu-
des y sostengas. Y o no buscaré apoyo ni en Dios ni en
mi naturaleza física y pecadora, ni en las varias opiniones de los hombres.
¡Oh mi Jesús! ¿por qué no vivo sino por Vos?
¡Oh mi Jesús! ¿por qué no vivo sino por Vos?
¡Oh mi Jesús! ¿por qué no vivo sino por Vos?

EL ÁRBOL.—EL TRONCO

La Iglesia explica así la parábola del árbol.
El árbol es la figura del hombre.—El justo y el pecador.—La parábola evangélica.—Del lado que el
árbol cayere de ese lado quedará.—El árbol elevado.—Zaqueo.—El árbol de la ciencia del bien y del
mal.—La cruz.—El leño verde y el leño seco.—El árbol de vida en la Iglesia.—El árbol de la vida en
el Tabernáculo.

EL crecimiento de las plantas se debe á Dios únicamente. Fijemos la
vista en el árbol que crece levantándose de la tierra. Hélo ahí: su
robusto tronco está arraigado en el suelo, en tanto que su copa bambolea
en los aires, recibiendo la vida de la sávia que por todas partes le penetra,
y bien pronto le veremos extender sus ramas á largas distancias y despues
cubrirse de flores y de frutos.

San Ambrosio nos explica por qué motivo en la Escritura Santa el árbol
viene á ser el símbolo del hombre. Es conveniente—dice—comparar la
naturaleza racional del hombre con la del árbol, cuya vida se asemeja á
la nuestra; porque el árbol se dirige al cielo, nos regocija con su hermosu-
ra, extiende sus ramas como grandes brazos, se engalana con sus hojas co-
mo con un precioso vestido, y por último, dá sazonados frutos. ¹

II.

Como todo árbol puede ser bueno ó malo, productivo ó estéril, todo ár-
bol puede ser á la vez el símbolo del hombre justo ó del pecador.

El Profeta Rey compara "al hombre justo y temeroso de Dios, con el
"árbol plantado á la orilla de las aguas." ²

¹ S. Ambr. Com. in Evang. Luc. lib. II, cap. 3.
² Ps. I, 3.

El Profeta Ezequiel, para explicarnos la conducta de Dios respecto á los
orgullosos y á los humildes, se vale de este mismo símbolo.

"Abatiré el árbol soberbio—dice el Profeta—en nombre del Señor, y en-
"salzaré al árbol humilde; secaré el verde y haré refloreecer el seco." ¹

Este símbolo se encuentra sobre todo en el Santo Evangelio, que nos lo
presenta con frecuencia. "El hombre es semejante al árbol que se dá á
"conocer por sus frutos: si los frutos son buenos, el árbol es bueno; si son
"malos, el árbol es malo; y entónces merece ser cortado y arrojado al
"fuego." ²

Con tal motivo dice expresamente San Agustin, "que el árbol simbo-
"liza el alma humana:" ³ y en otra parte asegura, "que tambien repre-
"senta á la voluntad buena y mala, porque de ella proceden nuestras
"obras, así como los frutos vienen del árbol." ⁴

¡Oh! ¡qué saludables lecciones podemos deducir de esta parábola evan-
gélica! Producir buenas obras: ved aquí nuestro único fin sobre la tierra.
Siendo como somos árboles plantados por la mano de Dios, no tenemos
más obligacion que dar frutos. Poco importa que el árbol se levante majes-
tuoso hasta el cielo ó que se extienda por la superficie de la tierra. Obrar
bien ú obrar mal, llevar frutos ó permanecer estéril, es toda la cuestion del
hombre.

III.

Así como la vida del árbol es un emblema de la vida humana, así la
muerte se nos simboliza en la caída de él; y á fin de que comprendamos
que el destino del hombre viene á ser irrevocable despues de su muerte,
escribe esta sentencia: "del lado que el árbol cayere, de ese lado queda-
"rá." ⁵ Apresurémonos, pues, á obrar bien; la segur amenazadora del So-
berano Juez, está puesta á la raíz de cada uno de nosotros; pronto cortará
la raíz de nuestra vida, y al caer por tierra, del lado que cayéremos sere-
mos juzgados para siempre.

IV.

Todos los árboles se levantan sobre la tierra á mayor ó menor altura,
y cuando el hombre sube hasta la copa de los más elevados, domina con
facilidad todo lo que viene á quedar bajo sus piés.—Cuando Jesus regre-
saba de Jericó, rodeado de una gran muchedumbre, Zaqueo, hombre de
pequeña estatura, queria conocerle; pero como Jesus venia rodeado del pue-
blo que le oprimia por todas partes, determinó Zaqueo subir á la copa de
un Sicomóro para poder desde ese lugar contemplar con más facilidad y

¹ Ezech. XVII, 24.
² Mat. VII, 16-18.
³ S. Aug. de serm. Domini.
⁴ Aug. de unpt., concup lib. II.
⁵ Eccle. XI, 3.

más de cerca al divino Salvador. Llegó, en efecto, Jesús, levantó los ojos, le vió y díjole: "Zaqueo, baja luego, porque conviene que el día de hoy me hospedes en tu casa;"¹ y Zaqueo descendió al punto como se le mandaba, teniendo la felicidad de recibir en su casa á tan divino huésped.

"No sin razon—dice San Ambrosio—se hace notar en el Evangelio la pequeña estatura de Zaqueo. Era pequeño en verdad, pero más lo era en la fé y en sus merecimientos; y aunque figuraba por esto á los gentiles, quería conocer á Aquel que habiendo venido á visitar á los suyos, éstos no quisieron recibirle. Mas como no le era fácil contemplar á Jesús en razon de que ninguno podía verlo miéntras permaneciese apegado á la tierra, Zaqueo, estorbado por la multitud, juzgó necesario sobreponerse á ella, y al efecto se sube á un Sicómoro; se acomoda en la copa del árbol para que el árbol le produzca buenos frutos: ahí es donde lo ve Jesús y donde lo percibe en medio del fruto de sus buenas obras. Así es que Zaqueo pudo elevarse por la sublimidad de su fé á toda la altura de un árbol corpulento y majestuoso."² "Pero despues de haberse elevado por la fé, por el deseo y las obras, era tambien necesario—dice un padre de la Iglesia—que descendiera por la humildad hasta llegar á Jesús; y solamente entonces fué cuando Zaqueo pudo recibirle en su casa."

¡Oh Jesús! cómo podré yo subir á tanta altura para cóntemplar vuestro adorable rostro, y cómo descenderé lo suficiente para hacerme lugar y estar en vuestra presencia? Dirigidme Vos mismo, levantad mi corazon alejándolo de todo vano y mal pensamiento, y abatid mi espíritu, humillando mis altivos deseos. Disponed de mí, de tal manera, que tenga la felicidad de recibirlos en mi casa.

V.

Al pié del árbol de la ciencia del bien y del mal, fué donde tuvo lugar la caída del primer hombre.

"Este árbol—dice San Agustín—no era malo en sí. Pero se llamó el árbol de la ciencia del bien y del mal, porque si el hombre venia á comer de él, su desobediencia por una parte y el castigo que inmediatamente se le seguiria por otra, le harian comprender la diferencia que existe entre el bien de la obediencia y la desgracia de la rebelion."³ Era, pues, este árbol, á los ojos de nuestros primeros Padres, como un símbolo del Precepto divino. Adam lo desobedece, cae de la gracia del Señor, y en el instante mismo, siguiendo la bella frase de la Iglesia, podemos decir: "Que Dios escogió el árbol para que pagase la deuda del árbol."

*Ipsa lignum tunc notavit
Dama ligni ut solveret, (4)*

Este árbol es el de la cruz.

¹ S. Luc. XIX.

² San Ambr. com. lib. VIII, in Evang. Luc. cap. 19.

³ De Genes. ad litter. lib. VIII, 12.

⁴ In off temp. Pass.

Se multiplican en la Sagrada Escritura las figuras que nos representan y profetizan el santo madero de la cruz. De él está escrito: "Bendito sea el leño por el cual se obró la justicia. *Benedictum es enim lignum per quod fuit justitia.*"¹

Bajo la forma de Arca sobrenadó en las aguas del diluvio, preservando del naufragio á las almas que debian salvarse.

Moisés le arrojó en aquellas aguas amargas que se convirtieron en aguas dulces por solo su contacto.

Este mismo leño fué aquel que designaban los judíos deicidas, en aquellas palabras del Profeta Jeremías: "Echemos leño en su pan y exterminémosle de la tierra de los vivientes." "Echemos leño en su pan. . . quiere decir, enclavemos su cuerpo en la cruz"—segun la interpretacion de San Gerónimo—porque ciertamente, Jesucristo dijo de sí mismo: "Yo soy el pan vivo."²

De este leño, por último, dejó escrito el divino Legislador: "Maldito sea aquel que fuese suspendido en el leño:"³ y el Apóstol San Pablo aplica expresamente esta palabra á Jesucristo, que reportó sobre sí la maldicion al morir por nosotros sobre la cruz.⁴

A la vista de esta cruz santísima cantamos luego con la Iglesia:

¡Oh cruz fiel! ¡oh árbol noble entre todos los demás! En tí se cumplieron las palabras que David cantó en profético verso, diciendo á las naciones: "Dios ha de reinar desde un madero."

¡Oh árbol hermoso y refulgente, enriquecido con la sangre del Rey divino y elegido para sostener sus santos miembros en tu digno tronco!

Tú fuiste la dichosa balanza de tan sagrado cuerpo; en tus brazos estuvo pendiente el Salvador del mundo, y en tí nos arrebató de las garras del demonio.⁵

VI.

Jesucristo, haciendo referencia á su misma persona poco tiempo ántes de morir, volviéndose á las piadosas mujeres de Jerusalem, les dijo: "Si esto se hace con el leño verde, ¿qué será con el seco?"⁶

El Salvador se compara aquí al leño verde, y los demás hombres quedamos comprendidos en el seco: porque como dice San Gregorio: "Solo Él posee la fecunda omnipotencia de la divinidad; miéntras que nosotros estamos reducidos á la aridez enfermiza de nuestra pobre naturaleza."⁷ Si, pues, la justicia divina hirió tan terriblemente al leño verde y fértil, ¿cómo tratará al leño seco y sin frutos?

¹ Sap. XIV, 7.

² Jerem. XI, 19.

³ Joan XXXVI, 41-52.

⁴ Ad. Galat. III, 13.

⁵ Off temp. Pass.

⁶ Luc. XXIII, 31.

⁷ Moral. XII, 4.

Jesucristo es el leño siempre verde, el árbol siempre fecundo y el árbol fructífero por excelencia. De él está escrito en el sagrado libro de los Cantares, simbolizando al Esposo divino: ¹ "Que es semejante al manzano fecundo entre los árboles estériles de las selvas."

VII.

Los doctores de la Iglesia creen igualmente simbolizado á Nuestro Señor Jesucristo, en el árbol de la vida plantado en el Paraíso terrenal.

Trasplantado de aquel Eden á la Iglesia, este árbol ha venido á ser para los hombres su verdadera vida, porque la encuentran en él con abundancia.

El árbol del Paraíso terrenal debía preservar de la muerte á nuestros primeros Padres: y Jesucristo, hablando de su propio cuerpo, nos dijo: "Aquel que comiere mi carne vivirá eternamente."² ¿Y no es del mismo Jesucristo de quien San Juan dejó escrito en el Apocalipsis: "Al que venciere Yo le daré á comer del árbol de la vida que está en el Paraíso de mi Dios?"³

¡Oh sagrada Eucaristía! ¡Oh carne vivificante de mi Salvador! Vos sois el árbol verdadero de la vida plantado en el Tabernáculo, que es el Paraíso terrenal de la Iglesia: á nuestros primeros Padres se les prohibió que gustasen del árbol de la vida, y el Señor por el contrario, nos deja acercarnos al árbol de la Eucaristía, diciendo á cada uno de nosotros: "Tomad y comed. *Accipite et manducate.*" ¡Oh divina Eucaristía! yo me nutriré de tu divino pan: fortalecido con él lucharé más fácilmente contra el mundo, contra el demonio y contra mí mismo; y si tengo la felicidad de vencer, es sin duda por Vos, que sois el árbol de la vida, el pan de los Angeles, y que sereis también mi alimento en el Paraíso de mi Dios.

¹ Cant. II, 3.

² Joan VI, 59.

³ Apoc. II, 7.

LAS RAMAS.

Filiación ó descendencia material.—Posteridad espiritual.—Reprobacion de los judíos y de los gentiles.

—La unión con Jesucristo.—

La gracia.—Los ramos arrojados á los pies de Jesucristo.

I.

Las ramas brotan del tronco y se extienden á lo largo como para prolongarle. De ellas nacen diariamente las hojas, las flores y los frutos: no porque tengan en sí la fecundidad y la vida, sino porque el árbol de donde penden está sano y su raíz vigorosa: segun es la raíz, así es el árbol y así las ramas. Recordemos ahora aquella imágen de que se vale el autor del sagrado libro del Eclesiástico para hacernos más sensible y manifiesto lo que influye la conducta de los padres en el porvenir de su posteridad.

"Los hijos de los impíos—dice—no multiplicarán sus ramas."¹ Y en sentido opuesto asegura en otra parte "que la raíz de la sabiduría, que es "el temor de Dios, multiplicará sus ramas y tendrán larga vida."²

II.

Las palabras que acabamos de citar pueden entenderse de la sucesion material de los hijos; pero más habitualmente en el lenguaje bíblico se toman las ramas como una figura de la posteridad espiritual.

Por eso vemos que la divina sabiduría, hablando de sí misma, despues de haberse comparado con el cedro que se eleva sobre el monte Líbano, se explica en estos términos: "Yo extendí mis ramas como el terebinto, y "estas ramas, llenas están de honor y de gloria."³

San Ambrosio va á explicarnos ahora el sentido en que deben tomarse estas ramas.—Interpretando aquella parábola del Evangelio en que se dice "que los pájaros del cielo vendrán á tomar sombra y á descansar en las

¹ Eccli. XL, 15.

² Eccli. I, 25.

³ Eccli. XX.

“ramas del árbol,” nos hace ver que este árbol es la Sabiduría eterna; sobre este árbol y sobre sus ramas, reposan los pájaros del cielo, es decir, las potestades angélicas, los Santos y todas aquellas almas que por medio de sus buenas obras tienden su vuelo á los cielos. Las ramas, lo mismo que el árbol, les sirven de asilo, porque el jugo del árbol se trasmite á las ramas. Mas estas ramas qué significan? Nos significan á Pedro, á Pablo, á todos esos hombres apostólicos, en cuyo seno venimos á refugiarnos los que andábamos lejos y extraviados y que ahora hemos vuelto á acercarnos mediante su influjo; escapándonos como el pájaro, de las redes del cazador, hemos encontrado una apacible morada en las ramas de la divina Sabiduría.¹

III.

De esta misma figura se sirvió San Pablo para explicar á los fieles de la primitiva Iglesia la doctrina de la reprobación de los judíos y de la vocación de los gentiles; considerando á los primeros como ramas tronchadas y apartadas de aquella raíz santa, que era la de los Patriarcas, á la cual pertenecían desde un principio, y presentando á los segundos como los vástagos de un olivo silvestre, pero que ingertados en un árbol bueno, recibieron despues el jugo vivificante de su raíz.

En seguida, sirviéndose del mismo simbolo, dá el Apóstol á los fieles dos lecciones muy importantes, que jamás llegaremos á meditar suficientemente. El los exhorta á “no gloriarse de sí mismos, porque no eran más que vástagos ingertos, y que por lo mismo, lo debían todo á la raíz que los sostenía y les conservaba la vida.”² Añadiendo que si las primeras ramas que eran naturales, fueron cortadas por causa de su infidelidad, debían ellos permanecer firmes en la fé, porque si Dios no había perdonado á las ramas que eran naturales, ménos perdonaría á los ingertos que no eran más que vástagos silvestres.

IV.

Jesucristo ha querido escoger este mismo simbolo para hacernos comprender cuánto nos importa permanecer unidos á El.

“Yo soy la vid—nos dice en el Evangelio—vosotros sois los sarmientos, “y así como los sarmientos no pueden dar fruto por sí mismos, á no ser que estén unidos á la vid, tampoco vosotros podeis darlo si no permanecéis en Mí. El que no estuviere unido á mí, será echado fuera como el sarmiento, y lo cogerán y lo meterán en el fuego, y arderá.”³

“En verdad—dice San Agustín—la vid tiene su sarmiento, sin que éstos le sirvan de cosa alguna, ántes por el contrario, de la vid es de donde ellos

¹ San Ambr. in Evang. Luc. VII, 13.

² Rom. XI, 21.

³ Joan XV, 5.

“reciben la vida y la fecundidad. ¡Qué grande instruccion podemos sacar “de aquí, si nos servimos de esta doctrina para las operaciones de la divina “gracia en nosotros! Hay hombres que creyéndose en sí mismos bastante poderosos, pretenden obrar bien sin necesidad de socorro alguno por “parte de Dios, expresándose de esta manera: “A Dios debemos el ser “hombres, y á nosotros mismos el ser justos.”

“Mas la verdad divina, contradiciendo este error, responde: El sarmiento no puede dar fruto alguno por sí mismo, si no está unido á la vid—Y “añade el Santo, para que comprendamos mejor que sin la gracia no podemos vivir, y que en nuestro poder solo está la muerte, que con razon nos “compara el Salvador con toda propiedad á los sarmientos de la vid, los “cuales son más lozanos mientras permanecen unidos á la cepa; mas separados de ella quedan estériles y despreciables; de manera que por boca del Profeta Ezequiel, quiere Dios hacernos palpable, que para nada “sirven los sarmientos en manos del artesano, una vez separados de la “vid.¹ Así es que—continúa el Santo Doctor hablando de los sarmientos aun de la viña escogida—“O permanecen unidos á la vid, ó quedan separados para ser arrojados al fuego. *Unum de duobus palmiti congruit: aut vitis, aut ignis.* Si no quieren pertenecer más á la vid, pertenecerán “al fuego. Para evitarlo, no hay otro medio más que estar unidos inviolablemente á la vid.”²

V.

Leemos en el Evangelio que cuando Jesus hizo su entrada en Jerusalem, la multitud corrió presurosa delante de Él, y cortando ramas de árboles las arrojaba á sus piés.³

Entre las interpretaciones de los doctores sobre este pasaje de la vida del Salvador, hay una en que siempre me detengo, porque tiene para mí muy provechosa enseñanza.

San Ambrosio considera estas ramas arrancadas de los árboles, que fueron esparcidas en el camino por donde debía pasar Jesucristo, como figurando los despojos de la soberbia gentilidad que el mismo Jesus hollaba.⁴

¡Oh Jesus mio! ¡Vos entráis frecuentemente en mi alma como entrásteis en otro tiempo en Jerusalem; pero yo nunca sé adornar y componer el camino que debe conducirnos hasta mi corazón. El adorno de esas ramas que Vos me pedireis siempre, es el sacrificio de las vanidades de mi vida. ¡Señor, cortad Vos mismo estas ramas que yo procuraré arrojarlas sembrando con ellas el camino por donde debeis pasar: adornad tambien ese camino con todo aquello que yo os ofrezca, con todo lo que abandone por Vos, y disponed de tal manera mi pobre corazón, que vuestra entrada en él sea un verdadero triunfo!

¹ Ezech. XV, 2.

² S. Aug. Tract. LXXXI, in Joan.

³ S. Mat. XXI, 8.

⁴ S. Ambr. com. lib. XI, in Evang. Luc., cap. XIX.

LAS HOJAS.

La esperanza de la Primavera.—Las virtudes morales sin la fé.—Las palabras.—Palabra de Dios.—Palabras del hombre.—Fragilidad de la vida.—La caída de las hojas.—La sombra peligrosa.—La buena sombra.—La fé.—La carne de Jesucristo.—La sombra del Tabernáculo.

I.

CUANDO el invierno ha pasado, los árboles comienzan á reverdecir: las hojas son sus primeras galas, y las primeras señales de que viene la Primavera. El crecimiento de las hojas anuncia las flores, y éstas los frutos. Pero es necesario que estas esperanzas no queden fallidas; porque el árbol que solo produce hojas de nada sirve; por eso vemos que encontrándose Jesucristo en el camino con una higuera que no producía más que hojas y no frutos, maldijo este árbol condenándolo á una perpétua esterilidad.¹

II.

San Ambrosio compara con las hojas las virtudes morales desprovistas de la fé que es el fruto más precioso del alma, diciendo: "Que estas virtudes tienen como las hojas verdes cierto brillo ó aparente hermosura; pero que ellas por sí solas de nada sirven. Las virtudes sin fé, no son más que hojas. *Virtutes sine fide folia sunt.*"² Cuántos entre los gentiles, poseían la misericordia y la sobriedad; y aun entre los judíos, cuántos guardaban castidad y se empeñaban en la lectura constante de las Santas Escrituras. Mas como les faltaba la fé, estas virtudes no eran más que hojas sin fruto. Estaban á merced de los vientos, porque carecían de base sólida. Ved ahora simbolizadas estas virtudes en aquellas hojas que Jesucristo encontró en la higuera estéril."

1 Marc. XI, 14.

2 Enar in Ps. I.

"Todavía más—continúa diciendo este gran Santo:—Así como hay hojas que defienden los frutos de los rayos del sol y de los rigores del frío, así también hay una vida recta y honesta que guarda y conserva la fé cristiana, la cual se pone en peligro por la vida estragada y culpable. Procuremos, pues, que las hojas no queden sin fruto, y que este fruto quede abrigado con sus hojas."¹

III.

En sentir de los Padres de la Iglesia, los frutos simbolizan las obras, y las hojas las palabras.

En el Apocalipsis nos presenta San Juan el árbol de la vida plantado en la Jerusalem celestial, diciéndonos: "que sus hojas estaban destinadas para curar á las naciones."² El árbol de vida es el mismo Jesucristo, las hojas de este árbol, son sus palabras divinas que en verdad curaron maravillosamente á todas las almas.

Este mismo pensamiento lo desenvuelve San Agustin, aplicando á Jesucristo aquella comparacion tomada del Salmista: "Será semejante al árbol plantado en la márgen de las aguas, cuyas hojas jamás caerán"—"y nunca caerán—agrega el mismo Santo Doctor—porque la palabra de Dios es eterna."³

Mas no sucede lo mismo con aquellas hojas que llegan á caer desprendiéndose de los árboles, porque éstas simbolizan únicamente las palabras humanas. "También—nos dice San Ambrosio—figuran la vanidad jactanciosa, y la frívola locuacidad de aquellos hombres que nada hacen y hablan mucho. Desgraciadamente los pueblos se dejan seducir por sus discursos, y poner en ellos su esperanza. ¡Infelices! ¡sus esperanzas son vanas porque jamás llegarán á cumplirse!"⁴

"Estas hojas—sigue hablando el mismo Santo—no son entónces más que un adorno ó atavío falso y engañoso, y tal vez por esta razon vemos que nuestros primeros padres, despues de su pecado, cubrieron su desnudez con una vestidura de hojas."⁵

IV.

El fresco verdor de las hojas es uno de los encantos de la naturaleza; mas esta frescura no es duradera, y las hojas más verdes llegan también á secarse. Ved aquí la razon por qué en los libros santos se nos presentan como el símbolo de nuestras enfermedades.

1 Enar in Ps. I, Dav.

2 Apoc. XXII, 2.

3 In Ps. I, 3.

4 Com. lib. XII, in Evang. Luc. cap. 13.

5 Com. lib. V, in Evang. Luc., cap. 22.

“Toda carne—dice el Eclesiástico—envejecerá, lo mismo que la hoja fructífera en el árbol. Cuando el sol las abrasa y el viento las sacude, caen.” Ah! la caída de las hojas es precisamente la imágen de que se vale el Profeta Isaiás para explicarnos la caída de los pecadores, arrebatados por el soplo de la cólera divina. “Todos—dice este Profeta—hemos venido á ser impuros... y todos vendremos á caer lo mismo que las hojas. *Facti sumus ut immundus omnes nos... et cecidimus quasi folium universi.*”²

¡Ay de mí! nada más frágil que una hoja seca, puesto que el menor soplo la arrebató y se la lleva. A una de estas hojas se comparaba también el Santo Job, cuando en medio de su adversidad se dirigía al Señor con esta queja: “¿Y qué, harás brillar tu poder contra esta hoja arrastrada por el viento?”³

“El hombre—agrega San Gregorio—es ciertamente una hoja seca caída del árbol del Paraíso; una hoja que puede mover cualquiera tentación, y que puede echar por tierra cualquier deseo. Todos los días se ve agitado por la cólera, por el amor de los placeres, por la avaricia y el orgullo, y cómo le falta el peso de la virtud, no pudiendo oponer á la fuerza de estos vientos más que su debilidad, inmediatamente sucumbe.”

Cuántas veces yo mismo me encuentro semejante á esta hoja, y cuántas ocasiones me habré atrevido á echar en cara al Señor su severidad hacia mí! Mas nunca permitirá su justicia el que yo sea tentado más allá de lo que pueden mis fuerzas. Como Él tiene contadas las hojas de los árboles, así también sabe el número de cabellos que tiene mi cabeza. ¡Oh Dios mio! Esta miserable hoja caerá bien pronto, si vuestra justicia la conmueve; sostenedla, Jesus mio, sostenedla en medio de su debilidad con el apoyo de vuestra misericordia.

V.

El verde follaje que se extiende al rededor del árbol, produce una sombra tan densa y tan fresca, que al mismo tiempo que nos guarece de los ardores del sol, nos convida también á descansar. Pero ordinariamente este reposo nos conduce á los placeres más criminales.

Bajo la fresca sombra de un árbol frondoso, nos muestra el Profeta Jeremías la infidelidad de Jerusalem, prostituyéndose hasta caer en la adoración de los ídolos impuros, despues de haber roto el yugo del Señor y de haberle dicho: “no quiero servirte. *Non serviam.*”⁴ “Y en verdad—agrega San Gerónimo—siempre que el alma infiel abandona el servicio de Dios, se entrega fácilmente á los apetitos carnales.”⁵

¹ Eccli. XIV, 18.

² Isai. LXIV, 6.

³ Job. XIII, 25.

⁴ Jerem. II, 20 et III, 6.

⁵ Com. in Jerem. lib. I, cap. 3.

VI.

Mas si es verdad que hay una sombra peligrosísima donde el alma se duerme en el olvido de sus deberes, ¿Vos mismo ¡oh Dios mio! no nos habeis prometido servirnos de sombra en los calores ardientes del Estío? “*Umbraculum ab æstu.*”¹ ¿Y no es esta aquella sombra divina donde iba á reposar la Esposa de los Cantares, cuando decia: “Yo me senté bajo la sombra de aquel que tanto deseaba?” “*Sub umbra illius quæ desiderabam sedi.*”²

¡Oh! tenia razon la Esposa—dice San Bernardo—de querer sentarse bajo esta sombra, pues era la sombra del mismo Jesucristo, que la refrescaba contra el ardor de las malas pasiones, y la hacía gustar las delicias de la virtud.”

Sigue diciendo el Santo Doctor: Que esta sombra de Jesucristo es primeramente la fé que tenemos en Él, y mientras vivimos en esta fé vamos caminando bajo tan dulce sombra.” Y por último, dice: “Que esta sombra es la misma carne adorable de Jesucristo, porque esta carne ¿no viene á ser para nosotros como una dulcísima sombra, cuando vamos á participar de ella en el Santísimo Sacramento del altar?”³

¡Oh palabra llena de encantos, y qué de veces procuro meditarla al pie de vuestros tabernáculos! El estar á vuestras plantas, adoraros y rogaros; no es estar bajo una fresca sombra, no es gozar de una dulcísima paz y de una tranquilidad verdaderamente deliciosa para mi corazón? Recibir vuestro adorable cuerpo y ponerme al abrigo de vuestras alas, ¡esto es mucho más, Señor! porque este es aquel dulce reposo que embriaga con inefables delicias á aquellos que son vuestros escogidos.

¹ Isai. XXV, 4.

² Cant. II, 3.

³ In Cant. XLVIII.